

Opinión

EL PERISCOPIO

Francisco Muro de Iscar



EMPIEZA LO SERIO

La “fatiga” democrática debería terminar hoy, después de un ciclo electoral interminable de cuatro años que no sólo no ha acabado con la inestabilidad, sino que la ha fortalecido. Pero no necesariamente va a suceder eso, aunque la gran mayoría lo reclame. Hemos entrado en una época, y no solo a nivel nacional o europeo, en la que nada es seguro ni firme y faltan líderes e ideas capaces de llevar adelante políticas estables y coherentes. La política y la sociedad son “líquidas”, cambiantes, incapaces de encontrar soluciones a los problemas. En la política nacional, todo está pendiente de los pactos y así va a ser, seguramente, durante mucho tiempo porque nadie parece capaz de aglutinar una mayoría suficiente. Hay dos ámbitos diferentes, aunque complementarios: el nacional y el europeo. Aunque muchos ciudadanos, y no pocos políticos, lo ignoran o lo olvidan, la mayoría de las leyes españolas son hoy transposiciones de directivas europeas. Muchas de las decisiones económicas se toman en Bruselas y, si las cosas avanzan en la dirección correcta, cada vez cederemos más poder a Bruselas. Los españoles somos europeístas, pero más de boquilla que de hecho. La solución a muchos de nuestros problemas pasados ha venido de Europa y solo integrados en una Europa fuerte, podremos influir en un mundo cada vez más global. Una Europa fuerte significa tener más oportunidades para los ciudadanos españoles. Para lograr ese objetivo harán falta pactos a nivel europeo. Y para poder gobernar en España, también. A nivel nacional, en los ayuntamientos, en las comunidades autónomas...

Sánchez ha esperado voluntariamente hasta el 27-M, para aprovechar el tirón del 28-A, pero ahora ya tiene que marcar el rumbo que realmente quiere para los próximos cuatro años. Lo más probable es el acuerdo con Podemos y el PNV, pero, ya lo he dicho, lo mejor para todos sería un acuerdo de grandes pactos con el PP y con Ciudadanos, en la medida de lo posible también con Podemos, para garantizar la estabilidad y el acuerdo máximo en asuntos como la fiscalidad, la educación, la sanidad, las pensiones, la política territorial, la inmigración y la justicia, que es la gran olvidada y maltratada de las últimas décadas.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



El bacilo

Y después pedirán respeto; se quejarán de que no les comprendemos; nos llamarán -una vez más- fascistas. Dirán que son ellos los perseguidos, practicando ese victimismo del que son auténticos virtuosos. Protestarán en nombre de la juventud agredida, del pueblo vilipendiado, de la libertad sojuzgada.

Saldrán los voceros habituales, escribirán que tampoco es para tanto, que solo era una broma, que bueno... que la juventud de nuestra tierra es jovial además de combativa, un tanto propensa a la mascarada. No hay que exagerar: por no haber no hubo ni heridos leves.

Dirán -siempre lo dicen- que de todas formas la culpa es de ellos, de los que vienen a nuestra casa a provocar. Que no son de aquí, que no entienden lo de aquí, que no pintan nada aquí. Al final se trata de que se vayan de aquí, o que se queden en su casa “allá en el Estado Español”

Aquí y allá. Nosotros y ellos. Nosotros, el cuerpo sano y popular, alegre y luchador; ellos, el bacilo que nos infecta, nos enferma y al final nos mata.

Esta historia del bacilo es más vieja que la pana. Los individuos que han fumigado Estella tras la visita de Rivera o Torroella de Montgrí tras la visita de Arrimadas; esos sujetos que salen a “desinfectar” las ciudades para eliminar el rastro del diferente no andan lejos de aquellos alemanes que llamaban bacilos a los judíos. El odio, hijo del miedo, es el mismo en ambos casos, y las diferencias no deben ocultar las preocupantes similitudes. Debemos evitar la tentación de tratar estas mamarrachadas como un mal menor, aunque lo parezcan cuando las comparemos con tiempos de luctuoso recuerdo. No lo olvidemos nunca: lo único que requiere el mal menor para convertirse en el mayor mal es tiempo... y que le dejen medrar la cobardía y el silencio. Pocas frases tienen tanto peligro como esa de “tampoco es para tanto”. Casi todo, al final, acaba siendo para tanto y para más.

“Cuidado, son contagiosos, brigada de desinfección de fascistas” decía, con cierta in-

coherencia, la pancarta que llevaba la alegre muchachada que fregó, barrió y fumigó las calles de Estella. En los mismos términos, y en tono pretendidamente burlón (en realidad un tostón soberano) se expresa el personaje que hace de locutor en el vídeo con el que han difundido la gracietta, soltando enormidades y pidiendo a la gente, entre bromas y veras, que tengan cuidado y que les dejen “hacer su trabajo”. ¿Qué “trabajo”?

Se pregunta uno qué entienden por trabajo estos individuos. Es evidente que han dado un paso, cortito en verdad, en su lentísima escala evolutiva. Han pasado de pintar dianas con spray a comprar disfraces de todo a cien para poder grabar la patochada y colgarla en las redes sociales. Hay una aparente mejora en todo ello. Yo, sin embargo, prefiero pecar de prudente, y recordar aquello de que “aun-

que la mona se vista de seda, mona se queda”. La mona “antifascista”, en vez de seda se nos ha vestido de descomulgador de baratillo, pero sigue siendo el mismo mico intolerante y cerril que hemos ido aguantando mal que bien durante décadas. Está en manos de cada uno percatarse de la realidad de las cosas, o cerrar los ojos y seguir escuchando al coro de grillos que repite que “ya todo pasó”, y lo repite tantas veces que empieza a parecer que nunca pasó nada.

No puedo concluir sin concederles una pizca de razón a los de las brigadas de desinfección. Es cierto: hay que acabar con los fascistas. Me atrevo a darles un consejo para ello: quítense los disfraces, suelten los aperos de fumigación, pónganse delante de un espejo y hagan, si pueden y saben, examen de conciencia. Tienen al verdadero fascismo mucho más cerca de lo que creen, y quizá estén a tiempo de empezar la limpia convirtiéndose ellos en demócratas de verdad, no de los de boquilla.

Alfredo Arizmendi Ubanell Licenciado en Medicina y Odontología



LA VENTANA

Pedro Charro Ayestarán



UN POCO DE COMPAÑÍA

Los libros de la serie *Baroja y yo*, un empeño nacido en nuestra ciudad, han llegado nada menos que al número 24 y encaran ya el final con Trapiello, quien revela unas cartas de Baroja al diplomático Tarraza, donde se sienten los sañaones y el frío del Madrid de posguerra (“lo peor del hambre es el frío”, decía uno de los primeros chistes de Chumy Chuméz); unas cartas en las que don Pío reclama Fanodormo, pues no puede dormir, como medio Madrid, “unos por verdugos y otros por víctimas”, y aparece ese Baroja con gabán y boina de sus últimas fotos que hace justicia a esa caricatura que lo pinta como un vasco que divaga, algo viejo, algo artrítico, que no se atreve a intervenir en la vida. Trapiello es incisivo, lapidario —la vida dura lo que la estela de una gabarra, nos advierte, sapiencial— y no se priva de dar algún mandoble, como cuando dice de alguien que “tiene la imaginación carbónica, como el sifón”, aunque estas ínfulas ya las conocemos de sus extensos diarios. Es un escritor que siempre va tras algo, asiduo al rastro donde quizás debe toparse con viejos libros suyos, pues ha escrito muchos y alguno lo renueva cada cierto tiempo, como *Las armas y las letras*, donde describe el comportamiento —a menudo poco edificante— de los escritores de uno y otro lado durante la guerra. El libro fue un antes y un después, descubrió que el talento estaba repartido a los dos lados, y nos trajo a los proscritos de la tercera España que habían quedado en tierra de nadie. Allí estaba Chaves Nogales y luego Clara Campoamor, o Castillejo, o esa *Celia en la Revolución*, de Fortún: un libro delicioso, melancólico, a su juicio la gran novela de la guerra, escrito con alma republicana pero también retrato descarnado de lo que ocurría en su retaguardia. Hay quien estaba en el lado correcto por las peores razones, y al revés. Recogido en su piso, tratando de entrar en calor, Baroja está en este libro bregando todavía con las cuartillas. Es un escritor, dice Trapiello, que nos da en sus libros *un poco de compañía*. Así también éste: breve pero justo, hermoso y algo desencantado.